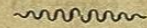


Bendito sea Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que segun su grande misericordia nos ha reengendrado para esperanza de vida por la resurreccion de su Hijo de entre los muertos (1), y ha difundido sobre nosotros abundantemente su espíritu por el mismo Jesucristo, para que, justificados por su gracia, seamos herederos segun la esperanza de la vida eterna (2). No contristemos, pues, al Espíritu Santo, en el cual estamos sellados para el dia de la redencion perfecta en el cielo (3). No vivamos segun la carne, sino segun el espíritu (4), despojados del hombre viejo y vestidos del nuevo, como resucitados con Cristo (5); y puesto que Dios nos ha criado en Jesucristo para buenas obras, las que preparó para que anduviésemos en ellas (6), buscando, no las cosas del cielo, donde está Cristo sentado á la diestra del Padre (7), crezcamos en todas las cosas en él, que es nuestra cabeza (8), hasta que lleguemos á ser varon perfecto segun la medida de la edad cumplida de Cristo (9), y hechos conformes á él en la tierra (10), seamos sus coherederos en el cielo (11), llenos de toda la plenitud de Dios (12), y embriagados en el torrente de las delicias de su amor por todos los siglos de los siglos (13).

- (1) Petr. I, 3.
 (2) Tit. III, 6.
 (3) Ephes. IV, 30.
 (4) Rom. VIII, 5.
 (5) Colos. III, 9.
 (6) Ephes. II, 10.
 (7) Colos. III, 1.
 (8) Ephes. IV, 15.
 (9) Id. id., 13.
 (10) Rom. VIII, 29.
 (11) Id. id., 17.
 (12) Ephes. III, 19.
 (13) Psalm. XXXV, 9.

NOVENO SERMON.



Jesucristo sentado a la diestra del Padre, nuestro Mediador, Sacerdote y Abogado en la vida, nuestro Juez en la muerte, y nuestro Glorificador en la eternidad.

Advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum justum (I Joann, III, 1). qui constitutus est a Deo iudex vivorum et mortuorum (Act. X, 42), et reddet unicuique secundum opera ejus.

(Matth. XVI, 27.)

AL llegar al término de nuestros discursos sobre Jesucristo, no perdamos de vista, Señores, las palabras de San Pablo, que nos han servido de clave para penetrar en los misterios de su grandeza y de su humillacion, de su vida y de su muerte, de su sacrificio perpetuado en la tierra, y de su exaltacion sobre toda gloria en el cielo. «Dios Padre se propuso restaurar en Cristo todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra.» (1) Esa restauracion tuvo principio cuando, por el infinito amor que nos tiene, envió á su Hijo al mundo (2), no para juz-

- (1) Ephes. I, 10.
 (2) Id. id. II, 4.

garle, sino para salvarle (1), y el Verbo se hizo carne, y habitó con nosotros lleno de gracia y de verdad, para que de su plenitud recibamos todos (2). Para llevar á término su designio, el Padre le constituyó cabeza de la humanidad (3), como á un segundo Adán (4), en quien se represente la causa de todos los hombres, puso sobre él los pecados de todos (5), y le hizo Sacerdote eterno segun el orden de Melquisedech (6), para que se inmolasse á sí mismo, y redimiéndonos del pecado, nos elevase á la dignidad de hijos de Dios, herederos de su gloria (7). Jesucristo se ofreció á la muerte, y hallando la redención eterna, resucitó gloriosamente para entrar en el tabernáculo del cielo (8), abrirnos sus puertas, prepararnos un lugar (9), y enviarnos al Espíritu Santo, que haga de nosotros nuevas criaturas (10).

La obra de restauracion perfecta no ha llegado, sin embargo, á su fin. El cuerpo místico, de quien es cabeza Jesucristo, crece y se dilata cada dia, pero no llegará á su completa edificacion, á la plenitud de varon perfecto, hasta la consumacion de los siglos (11), cuando vencidos y reducidos á la impotencia todos sus enemigos, le presente al Padre (12) como Iglesia suya, como esposa á quien se ha unido, formándola para sí gloriosa y

- (1) Joann. III, 17.
 (2) Id. I, 14, 16.
 (3) Ephes. I, 22.
 (4) I Cor. XV, 45.
 (5) Isai. LIII, 6.
 (6) Psalm. CIX, 4.—Heb. VII, 17.
 (7) Gal. IV, 5.—Rom. VIII, 17.
 (8) Hebr. IX, 12.
 (9) Joann. XIV, 2.
 (10) Id. XVI, 7.
 (11) Ephes. II, 21.—IV, 13, 15.
 (12) I Cor. XV, 20.

sin mancha (1), y le entregue su reino, á fin de que Dios sea todo en todas las cosas (2). Por ello, hablando Santo Tomás del Sacerdocio de Jesucristo, dice que en él pueden considerarse dos cosas: la oblacion misma del sacrificio, y su consumacion, que consiste en que aquellos por quienes se ofrece, consigan el fin de su oblacion. Siendo, pues, el fin del sacrificio procurarnos los bienes de la eternidad, la consumacion ha de realizarse en la eternidad misma (3).

Mientras haya en la tierra hombres á quienes salvar, será Jesucristo el Salvador de todos (4), y en él y por él seguirá el Padre cumpliendo el inefable designio de su misericordia. Esto nos lleva, Señores, á considerarle en el cielo á la diestra del Padre, continuando su divino ministerio hasta llevar á término la restauracion en el último de los dias, y esto con relacion á todos y cada uno de los hombres durante la vida, en la muerte y en la eternidad. Jesucristo en el cielo es nuestro Mediador, Sacerdote y Abogado en la vida, nuestro Juez en la muerte y en el último dia, y nuestro glorificador en la eternidad.

(1) Ephes. V, 27.

(2) I Cor. XV, 28.

(3) In officio Sacerdotis duo possunt considerari: primo quidem ipsa oblatio sacrificii; secundo ipsa sacrificii consummatio: quæ quidem consistit in hoc, quod illi pro quibus sacrificium offertur, finem sacrificii consequantur. Finis autem sacrificii quod Christus obtulit, non fuerunt bona temporalia, sed æterna quæ post ejus mortem adipiscimur: inde dicitur *Christus assistens Pontifex futurorum bonorum*: ratione cujus Christi Sacerdotium dicitur esse in æternum. (S. Thom. . p. 3. q. 22. art. 5.)

(4) I Tim. IV, 10.